

Como acabar con el sueño americano

Pseudónimo: KENDRED

Los caminos que tomas en la vida son a veces de lo más estúpidos, sobretodo cuando te das cuenta que has tomado la decisión equivocada y eso puede llevarte a un callejón de autodestrucción donde la supervivencia sea la última meta.

Me llamo Jack Kendred, era médico en una pequeña ciudad al norte de Devon, en Maine. Vivía con mi mujer Loren, mi hijo Michael y hasta tenía un gato llamado General Sherman. Éramos felices en nuestra casa de dos plantas y nos sentábamos en el porche al final del día sobre todo en el verano. Lo más parecido que duró la felicidad en mi vida fueron aquellos dos años tras la mudanza desde Nueva York. Alejados de la vorágine de la ciudad tan sólo teníamos tratos con los vecinos de aquella zona, el más cercano a uno dos kilómetros de allí. Luego la felicidad se fue al traste y llegó la plaga. Aún recuerdo como si fuera a ver, y eso que ya han pasado más de ocho años, el día en que el General vino infectado y le metió aquella cosa a mi hijo delante de mis narices.

El gato había desaparecido. Me di cuenta al salir de la guardia el segundo día, cuando metía el coche en el garaje, siempre estaba esperándome para restregar su pelaje negro de minino callejero por mis piernas. Suelo hacer un turno de guardias de jueves y sábado o viernes y domingo, por lo que aquel sábado hacía más de dos días que no veía a nuestro gato. La verdad es que lo primero que se me pasó por la cabeza fue en que la época de celo había empezado más temprano de lo habitual y que se había escapado en busca de alguna gata. No le di más importancia. Desayuné, me acosté unas tres horas, ya que había tenido una noche movida y encima se nos había ido la luz en el centro unas horas, por lo que tuve que ver a los pacientes a golpe de linterna, incidente al que no le concedí mayor importancia, para ser despertado por mi hijo Michael. Su cara redonda me miraba sin decir nada. Tan sólo acariciaba mi brazo derecho para poder despertarme. Primero emití un gemido de inconformismo y luego abrí un ojo.

- ¿Qué quieres?- le pregunté casi mal humorado.
- El General ha vuelto- dijo mi hijo con expresión más que preocupada.
- ¿Y? Ya es mayorcito para cuidarse sólo, Micky. Dile a mamá que le dé algo de comer. Luego bajo y le doy un buen baño, ¿Vale?.

Michael se fue refunfuñando. Para sus cuatro años de edad era mucho más listo que yo o su madre a su misma edad y la típica respuesta del adulto era poco para su cabecita pensante. Volví a caer en la ensoñación y perdí la noción del tiempo. La habitación estaba en la penumbra pero era de día al otro lado de la persiana. Me levanté obligado por una acuciante necesidad de vaciar mi vejiga y un vacío en el estómago que empezaba a transformarse en un hambre voraz. Fui al baño y luego bajé las escaleras con el pantalón del pijama y sin zapatillas, nunca recuerdo donde las pongo. Fue entonces cuando lo vi. La puerta principal estaba abierta.

El gato había reventado. De su cuerpo inerte salían unos tentáculos como las patas de una araña gigante. No podía dar crédito a lo que veía. Se agitaba como un poseído y luego volvía a calmarse. Algo le quedaba a aquel animal de su verdadera entidad y trataba de rebelarse contra aquella cosa que le había salido de sus vísceras, ahora esparcidas en gran medida por el suelo del porche. Al acabar de bajar las escaleras resbalé sobre unas manchas de sangre y caí al suelo. El gato o lo que quedaba de él me vio. Juro que me miró como si tuviera conciencia humana. Pobre ingenuo no sabía lo que se avecinaba.

Al principio reculé hacia atrás. La cosa se acercó haciendo el mismo ruido que hace un perro gangoso cuando se enfada. Se movía sobre las patas negras de tal forma que el cuerpo del gato quedaba suspendido en el aire. Era un espectáculo grotesco. Se acercaba cada vez más y el miedo me tenía paralizado. Venía directo hacia a mí. Me senté sobre el borde de la escalera. Pensé rápido. En el sótano tenía la escopeta de dos cañones que mi padre me había reglado de niño y que yo nunca había usado sobretodo tras el juramento hipocrático. Me levanté de forma cautelosa esperando que aquel bicho no se tirase encima de repente. Mis planes se fueron al garete. A fuera en el porche estaba Michael. Estaba tumbado en el suelo y parecía dormido. La sola idea de que aquel monstruo había tocado a mi hijo me produjo una sensación de rabia e impotencia que me dio el coraje suficiente para salir en su busca. Rodeé la cosa y salí por la ventana del salón rompiendo los cristales. Me corté en cara brazos y tronco. La planta de los pies me la dejé abrasada. Cogí a Michael en mis brazos. Respiraba con dificultad y tenía la frecuencia cardíaca muy baja. Casi a veinte por minuto. Salí por las escaleras hacia el garaje. En el maletero tenía el maletín. Saqué una atropina y se la puse intramuscular. Le hice el boca a boca durante tres interminables minutos o más. No lo recuerdo bien. El crío reaccionó. Respiraba por sí solo y el pulso se había recuperado a setenta, más o menos.

-Micky, me vas a esperar aquí. Dentro del coche no podrá entrar. Voy a matar esa cosa.

-¿Ya no es el General Sherman, verdad papá?

-Ya no, hijo.

-Papá, la tele dijo que mucha gente de las ciudades se había vuelto loca y que nadie sabía lo que pasaba.

Durante unos segundos sentí una sensación de mareo y sudores. ¿Dónde estaba Loren?.

-Micky. ¿Dónde está mamá?

Mi hijo me señaló la puerta que bajaba al sótano.

-Papá, mamá estaba muy rara, ten cuidado.

Cerré el coche y cogí una de las tuberías de hierro que habían sobrado de la obra del baño. Abrí la puerta del garaje que bajaba al sótano. Descendí por los peldaños de madera con un fuerte resquemor en la planta de los pies. Apenas hice ruido. Cerca de la escalera, en un viejo armario, estaba la escopeta. Tan sólo rezaba para que la pólvora de los cartuchos no estuviese húmeda. ¿Dónde estaba ella?. Era muy espacioso y pese al poco tiempo que llevábamos allí lo habíamos llenado como si tuviera siglos de antigüedad. Descendí poco a poco. Bicicletas, esquís, ruedas, armarios, colchones viejos, botellas, latas, maderas, trapos sucios, estanterías con productos de limpieza, barnices y pinturas. Brochas y rodillos, palas y espátulas, ladrillos y sacos de cemento. Aquello era un laberinto. Nunca pensé que lo vería de aquella forma. De entre los peldaños no podía salir nada. El hueco de la escalera era muy pendiente y no cabía un cuerpo. Hacía tiempo que queríamos cambiarla porque en una ocasión Loren había caído y se había enfadado mucho.

No sabía como estaría de enfadada ahora. Era más que posible que estuviese muerta o reventada. Tenía que coger la escopeta. Un tubo de plomo no sería suficiente. Abrí el armario y desempolvé el arma. De una vieja caja de cartón saqué varios cartuchos que fueron al bolso del pantalón del pijama. Cargué los tubos y cerré la escopeta. Caminé entre los ladrillos y los sacos. Había un cuerpo en el suelo. Era ella. Estaba medio inconsciente.

-Me ha metido algo... estoy mal, Jack. No voy a salir de esta.

Con lágrimas en los ojos vi como una de las dos personas más importantes en mi vida me estaba pidiendo que la matara. No podía. Si la llevaba a un centro médico la podrían atender. Se salvaría. Empezó a vomitar una bilis negra. Era sangre coagulada. Comenzó a agitarse con movimientos tónico clónicos como una persona aquejada de epilepsia. Se estiraba y contraía. Una danza macabra se había apoderado de ella. No iba a esperar a que salieran los tentáculos de allí.

-Te quiero, Loren.

-Yo también te quiero, Jack.

Apunté. Disparé un cartucho al estómago. Las vísceras salieron salpicándolo todo. Los oscuros brazos del monstruo estaban en su interior. Volví a apuntar con los ojos cerrados y disparé. Allí ya no quedaba nada vivo.

Subí las escaleras. Michael seguía en el coche. Estaba bien. De los restos del gato no supe más. Nos metimos en el coche y salí de allí para no volver jamás. Por la carretera estatal apenas se cogían emisoras de radio. Hablaban de una especie de infección por un parásito enorme. Otros decían que se trataba de algún ente biológico que había escapado de un complejo militar de investigación del gobierno en el desierto. Los hospitales estaban colapsados y la infección o lo que fuera aquello, llamaba a la infección. A lo largo de la carretera vimos reventados por todos los sitios. Parecían muertos vivientes que buscaban con sus brazos viscosos más alimento. Incluso unos se atacaban a otros. La carretera seguía sin tener más obstáculos que los cadáveres y los vehículos abandonados. Tenía el depósito lleno pero no sabía muy bien a donde dirigirme. Michael dormía en el asiento de al lado. Lo único que me quedaba.

Despertó a las dos de la mañana. Los cadáveres andantes parecían no invadir la carretera. Iba más lento y una espesa niebla invadía por tramos el camino.

-Papá...

-Dime, Mickey.

-¿Sabes que vamos a morir todos?. ¿Piensas que te vas a salvar?

-¿Qué dices, hijo?. Debes dormir. Estas cansado. Hoy has visto cosas que un niño de tu edad no debería haber visto.

-¿Piensas que te vamos a dejar marchar después de lo que has hecho? Has sido malo, papá.

Aquello no lo podía haber dicho Mickey. Mi hijo nunca había hablado así. Estiré la mano y le acaricié los cabellos castaños. Miré su ojerosa cara redonda. Maldita sea, era mi hijo. Seguí conduciendo en la oscuridad una hora más. La niebla empezaba a desaparecer. El depósito de había quedado mediado. Los vehículos abandonados y los cadáveres habían disminuido en número por lo que deduje que nos alejábamos de las grandes ciudades para pasar al agreste paisaje montañoso. Sería una chispa de esperanza que se volatilizó como la combustión de una cerilla. Me desvié por una rama de la carretera a mano derecha. Después cogí el primer desvío sin asfaltar a la izquierda. Paré el coche.

-Vamos, hijo. Tenemos que dar un paseo.

Me miró con cara desconfiada pero accedió. Al fin y al cabo era su padre y no podía hacerle daño. Saqué dos cartuchos y cargué el arma de nuevo. Mi hijo siguió caminando entre las hojas húmedas por el rocío de la mañana y los jirones de niebla que rasgaban el camino. Me detuve. Él siguió caminando dándome la espalda. Levanté el arma y apunté.